

Lenguaje y cosmovisión: las propuestas de Heinz Schulte-Herbrüggen

Mauricio A. Figueroa Candia¹
maufigueroa@udec.cl

Las costumbres de una nación tienen repercusión en su lengua y, a su vez, la lengua es la que en gran medida hace a la nación.²

Ferdinand de Saussure

1. Introducción

¿Qué puede ser más estimulante para un curioso que una buena pregunta? Aparentemente el sentido de todo conocimiento tiene que ver con eso, con no saber, pero también con la pregunta y el aguijón de lo insospechado. Entender que el sentido del conocimiento proviene de no conocer no parece nada nuevo a estas alturas. Los lingüistas, por naturaleza y derecho propio, preguntan por el lenguaje, porque todavía no lo conocen. Y cada respuesta es una hipótesis sobre la cual descansa, por un tiempo, la pregunta misma, al menos hasta que aparece algo nuevo, de modo que el ciclo no termina nunca.

Lo que preocupó a Heinz Schulte-Herbrüggen, investigador y académico³, seguramente fue lo desconocido, o lo que es parecido, un conocimiento que no le satisfacía. Su trabajo con el tema del *lenguaje y cosmovisión* es una respuesta a un objeto de la observación. Como tal, no pretendió nunca ser una verdad absoluta, como ocurre en toda disciplina o ciencia que logra desprenderse de la fe, sino una propuesta cuyo aporte –ahora lo sabemos–merece a todas vistas ser revisado cada cierto tiempo.

Aquí haremos eso: una revisión panorámica de aquellas propuestas de este pensador respecto al tema *lenguaje y cosmovisión*, intentando acompañar esto con lo dicho en el tema por algunos otros autores, ya sea en apoyo o en refutación.

El trabajo se ordena de la siguiente manera: se desprenderá la teoría del *lenguaje y cosmovisión* desde una definición de lenguaje; luego, se revisará la teoría en una forma general, a la vez que se conecta con las propuestas teóricas de Edward Sapir y Benjamin Lee Whorf sobre el mismo tema. Luego, se entrará de lleno en lo que Heinz Schulte-Herbrüggen desarrolla en su libro *El Lenguaje y la Visión del Mundo*, del año 1963, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago. Lo siguiente y último será la revisión de alguna crítica a la teoría, un brevísimo resumen y algunos comentarios finales.

¹ Estudiante de la carrera de Pedagogía en Español de la Universidad de Concepción.

² 1973: *Curso de Lingüística General* (1915). Losada, Buenos Aires.

³ Heinz Schulte-Herbrüggen fue profesor de Filología Románica y Lingüística General de la Universidad de Chile. Estudió filología románica, clásica e inglesa en las universidades de Bonn, Marburg, Tübingen y Würzburg. Después de doctorarse en 1943 enseñó en la Universidad de Murcia y luego en la Erlangen hasta 1949, cuando fue contratado por la Universidad de Chile.

Este trabajo incluye además algunas disquisiciones personales. Por supuesto, cualquier error teórico, de enfoque o de omisión que pueda encontrarse es de exclusiva responsabilidad del autor.

Por último, quizás conviene señalar que lo que motiva este trabajo es una pregunta, cuya primera tentativa de respuesta se logra con el trabajo realizado en forma personal para el ciclo de coloquios “Lenguaje, Cognición y Realidad” del Grupo de Estudios Cognitivos de la Universidad de Concepción. El título del trabajo era *Lenguaje y Cosmovisión: Las Propuestas de Heinz Schulte-Herbrüggen*. Fue presentado con público abierto el día 3 de septiembre de 2004 en la Facultad de Humanidades y Arte de la Universidad de Concepción.

2. La teoría de *lenguaje y cosmovisión* desde una definición de lenguaje

Las definiciones de lenguaje son muchas. Podríamos incluso llegar a decir que hay un intento de definición por cada lingüista. En general, sin embargo, hay algún acuerdo sobre algunos puntos, entendiéndose al lenguaje como una cierta industria y capacidad de la especie humana basada en ciertas potencialidades cifradas en los genes y que hallan su correlato orgánico en la tercera circunvolución del lóbulo frontal izquierdo del cerebro. Esta potencialidad se manifiesta en la construcción cultural de un sistema signico arbitrario y convencional, útil para la expresión de contenidos mentales.

A pesar de tener los lingüistas bastante claridad sobre algunos puntos, todavía hay algunos mitos en torno al lenguaje muy generalizados. No es acertado, por ejemplo, entender al lenguaje como un instrumento para la comunicación que obedece a un esquema de categorías fielmente representativas de la realidad. Hay múltiples factores adicionales gravitando alrededor de este complejo asunto. Además de la falta de representatividad con respecto a la realidad que transmite, el sistema no es totalmente coherente consigo mismo, porque no es un objeto que se origina o funciona bajo el pensamiento lógico. Si bien el lenguaje (específicamente el idioma) forma con las personas una unidad que les otorga sentido a ellas mismas, esa unidad no proviene de una consistencia lógica interna.

En el año 1960 André Martinét rechaza en su libro *Elementos de Lingüística General* el origen de esta idea del lenguaje como un repertorio de palabras con absoluta correspondencia a la realidad diciendo: “Esta noción de la lengua repertorio se funda en la idea simplista de que el mundo en su totalidad se clasifica, con anterioridad a la visión que de él tienen los hombres, en categorías de objetos perfectamente distintos, cada una de las cuales recibe necesariamente una designación en cada lengua.” (1991: 19)⁴.

Parece indudable que el mundo no se clasifica a sí mismo, ni que tampoco viene dispuesto en categorías específicas que pudieran llevar a una visión del mismo sistemática y homogénea. Los límites entre categorías son a menudo difusos, ya que la realidad es un continuo que la cultura ha seccionado. En el alcance de Martinét, de hecho, encontramos una posición relativamente clara: el mundo no viene a nosotros clasificado.

Interesa aún otro detalle que se deja ver en la cita que hacíamos a Martinét: el mundo se clasifica luego de que los hombres entregan su visión de él, y esto, a través del lenguaje. El continuo que supone la realidad es cortado lingüísticamente, librándose el hombre con esto –metafóricamente hablando– de la presión que suponen los objetos y los

⁴ 1991: *Elementos de Lingüística General*. Gredos. Madrid.

procesos, ya que éstos pueden referirse aún más allá de sí mismos, de su presencia o su ocurrencia concreta.

Tenemos lo siguiente: la organización de la realidad no viene determinada por la realidad misma. Tampoco parece existir una organización previa en el código genético que permitiera acercarse al mundo como una clasificación más allá de lo elementalmente sensorial e instintivo. Sería el lenguaje, como facultad potencial, el encargado de organizar estos contenidos de acuerdo a las necesidades expresivas. El mismo Martinét señala que “...corresponde a cada lengua una organización particular de los datos de la experiencia.” (Ibíd, p. 19).

Si no es un catálogo de etiquetas o un mero instrumento para la comunicación entre los hombres ¿Qué es el lenguaje?

Partamos por lo más evidente: es un sistema. Como todo sistema consta de elementos interdependientes que se relacionan por ciertas reglas que regulan su aparición, concordancia y modificación. El sistema también requiere, para constituirse como tal, de un producto. En ocasiones, las reglas del sistema lingüístico de cada idioma parecerán muy lógicas y consecuentes, pero no es tan extraño encontrar en el análisis cuidadoso aspectos sin lógica alguna, ni concordancia con la realidad. El origen de esta carencia de “perfección” proviene de que el sistema es –como dijo hace un buen tiempo Saussure– inmotivado y convencional a la vez.

Volvamos un segundo más a Martinét. Dentro de su definición, encontramos que dice del lenguaje que es “...un instrumento de comunicación con arreglo al cual la experiencia humana se analiza, de modo diferente en cada comunidad, en unidades dotadas de un contenido semántico y de una expresión fónica...” (Ibíd, p. 31).

Como puede verse, el lenguaje es efectivamente un instrumento de comunicación mediante el cual se transmiten contenidos de conciencia, esa es la utilidad inmediata que le damos en cada momento. Sin embargo, y como Martinét dice al pasar, esa no es toda su tarea. El lenguaje también tendría una labor que cumplir en la descripción de la experiencia, proceso que se logra de manera diferente y única en cada comunidad lingüística. Esto ya es de alguna forma a lo que nos referimos con *lenguaje y cosmovisión*, y a esto se referían en cierta forma Edward Sapir y Benjamin Lee Whorf con su *relativismo y determinismo lingüístico*⁵, varios años antes que Martinét diera su definición de lengua en su libro *Elementos de Lingüística General*: el lenguaje tiene un papel concreto que cumplir como constructo cultural que describe la realidad, de una forma precisa y única en cada comunidad, transmitiendo a los hablantes los criterios y priorizaciones que contiene en su estructura interna, y no otros.

No es necesario ser lingüista para ver que no es lo mismo hablar y pensar en español que en francés; de hecho, Martinét afirma que “...no hay nada propiamente lingüístico que no pueda diferir de una lengua a otra.” (Op. Cit., p. 31). La manera como una comunidad idiomática resuelve sus problemas para referir, la manera como enfrenta lingüísticamente el mundo que le corresponde vivir, se determina por el modelo que supone su idioma, molde que avala cierta forma de pensar y de ver la realidad.

Benjamín Lee Whorf y Edward Sapir parten de estas ideas al proponer que el lenguaje sería un determinante de la forma de entender la realidad. Diferentes idiomas,

⁵ Las teorías de Sapir y Whorf, precedentes de Schulte-Herbrüggen, tienen su antecedente inmediato en las de Wilhelm von Humboldt, lingüista y político alemán del siglo XVIII cuyo trabajo más importante en el campo de la lingüística corresponde a la obra *Sobre la diferencia de estructura de las lenguas humanas y su influencia sobre el desarrollo intelectual de la humanidad* (1820).

como posibilidades de expresión, “autorizan” una organización de la realidad que es particular. De esto precisamente habla Whorf al decir en su libro *Lenguaje, Pensamiento y Realidad* (1971) que “...las formas de los pensamientos de una persona son controladas por inexorables leyes de modelos, de las que ella es inconsciente. Estos modelos son las sistematizaciones, imperceptiblemente intrincadas, de su propio lenguaje...” (Ibíd., p. 283)⁶.

El pensamiento del individuo, ya sea que esté enfrentando la realidad, resolviendo un problema, o recorriendo su interior, se subordina, según esta teoría, al modelo de su lengua materna. El lenguaje propio deviene un patrón que de forma inconsciente señala un camino al hablante. Whorf dice respecto a la lengua que cada una es:

...un vasto sistema de modelos, unos diferentes de otros, en los que se hallan culturalmente ordenadas las formas y categorías mediante lo que no sólo se comunica la personalidad, sino también se analiza la naturaleza, se notan o se rechazan tipos de relación y fenómenos, se canalizan los razonamientos y se construye la casa de la conciencia. (Ibíd., p. 283).

Un ejemplo entregado por Whorf que ilustra muy bien parte de esta afirmación es el siguiente:

Nosotros decimos «mira esa ola» de la misma forma que decimos «mira esa casa». Pero sin la proyección del lenguaje nadie vería nunca una sola ola. Lo que vemos es una superficie que se encuentra en un movimiento ondulatorio siempre cambiante. Algunas lenguas no pueden decir «una ola»; y en este aspecto, se encuentran más cerca de la realidad. (Ibíd., p. 294).

Esta lectura del fenómeno del lenguaje muestra de forma clara el supuesto relativismo que incluye la teoría. El lenguaje, además de ser un instrumento de comunicación y un molde para el análisis del mundo, es un vehículo para la personalidad, que es particular en cada caso. De esto se trata la teoría del *lenguaje y cosmovisión* que desarrolla Heinz Schulte-Herbrüggen. Es la relación que se ha visto entre la construcción cultural que supone el lenguaje y su influencia en la manera de ver, entender y organizar el mundo.

3. Las propuestas de Heinz Schulte-Herbrüggen

En su libro *El Lenguaje y la Visión del Mundo*, Heinz Schulte-Herbrüggen profundiza algunos aspectos de las teorías del *relativismo* y *determinismo lingüístico* de Sapir y Whorf, a la vez que propone algunos alcances nuevos. El trabajo de nuestro autor es una revisión de las teorías desde un acercamiento personal, y no pretende elaborar un diálogo explícito con las teorías que le preceden en el tiempo.

Del trabajo de Heinz Schulte-Herbrüggen nos preocuparán fundamentalmente tres temáticas abordadas por el autor a través de capítulos en su libro ya mencionado, de las cuales se hará una revisión en forma de secciones. Las temáticas son: el lenguaje como un medio para apoderarse mentalmente del mundo, la lengua materna como un molde que

⁶ 1971: *Lenguaje, Pensamiento y Realidad* (1956). Barral Editores. Barcelona.

encauza la actividad mental y el lenguaje como reflejo del modo existencial de una comunidad.

3.1. El lenguaje, un medio para apoderarse mentalmente del mundo

Para comenzar, tomemos un texto de Edward Sapir citado por David Maldebaum en su libro *Selected Writings of Edward Sapir in Language, Culture and Personality*, publicado originalmente en el año 1949. La edición que utilizamos es del año 1963, editada por University Of California Press, Berkeley and Los Angeles, California. La cita dice como sigue (la traducción es propia): “Hay una fuerte tendencia a adscribir muchos elementos de la cultura humana a la influencia del ambiente en el cual se hallan quienes comparten esa cultura, algunos tomando incluso la posición extrema de reducir prácticamente toda manifestación de la vida y pensamiento humanos a las influencias ambientales”⁷ (p. 89).

Es evidente que el ambiente define en gran medida a la especie humana, pero también que no del todo. Es determinante por cuanto es el ingrediente que, junto al genético, construye a los individuos. Las manifestaciones culturales, por otra parte, tienen su motivación primera en aspectos ambientales, o al menos eso parece. El lenguaje, como un producto cultural, también recoge una imagen de la realidad para transmitirla. Esta posición respecto de la influencia del ambiente en la cultura, vida y pensamiento es uno de los supuestos que Heinz Schulte-Herbrüggen incluye dentro de su teoría para el lenguaje.

En el primer capítulo del libro *El lenguaje y la Visión del Mundo* vemos cómo trabaja un acercamiento al asunto del lenguaje como un elemento cultural que libera al hombre de su ambiente en la medida que se hace cargo del mundo mediante el lenguaje. Lo primero que Schulte-Herbrüggen desarrolla es la posición del hombre en el ambiente respecto de los otros mamíferos superiores que habitan el planeta.

El hombre, dice Schulte-Herbrüggen se caracteriza en un comienzo por sus evidentes “deficiencias biológicas” al ser comparado con las demás especies animales (Op. Cit., p. 9). Estas otras formas de vida animal vienen biológicamente equipadas para resistir desde el nacimiento al medio ambiente. Sus adaptaciones orgánicas forman un sólo conjunto con el ambiente, y dependen de ese ambiente en cuanto se corresponde con él. El animal no está tan limitado fisiológicamente al momento de nacer como el hombre, pero tiene serias restricciones en otras áreas:

Su adaptación, que se manifiesta desde el nacimiento, lo encierra como prisionero dentro de su estrecho medio vital y limita su campo perceptivo a lo vitalmente necesario. Al mismo tiempo lo priva de toda posibilidad de evolución posterior hacia una mayor riqueza de movimientos y percepciones, ligándolo para sus necesidades y reacciones a una esfera biológica de la cual nunca puede desatarse. (Ibíd., p. 9).

El caso del hombre es muy distinto. A la vez que evoluciona hacia una mayor riqueza motriz, desarrolla, en un lento proceso, una habilidad perceptual que lo libera de la

⁷ There is a strong tendency to ascribe many elements of human culture to the influence of the environment in which the sharers of that culture are placed, some even taking the extreme position of reducing practically all manifestations of human life and thought to environmental influences.

esfera biológica que mantiene atado a sus colegas animales. Si bien, al nacer, el hombre depende totalmente de sus semejantes –las meras condiciones naturales le harían perecer– desarrolla a niveles insospechados su capacidad primordial del trabajo: “...por la coordinación de la inteligencia con la mano [...] compensa el hombre sus deficiencias naturales y las transforma en medios de su existencia.” (Ibíd., p. 9). Por lo pronto, es la inteligencia superior la que diferencia a los humanos de los animales.

En sus primeras etapas –ya como especie, ya como individuo– el hombre organiza la enormidad de percepciones visuales y táctiles que le invaden del medio ambiente, llevándolas hacia un juego cada vez mayor y especializado de movimientos corporales intencionales, y a su servicio, sirviéndose de esta forma del mundo, y desatando así las amarras que su desfavorable condición biológica le suponían.

A estas alturas, y en el plano de lo sensitivo todavía, el hombre ya comienza a cortar el *continuum* ambiental en ciertos niveles muy fundamentales. Sin embargo, aún no se está en presencia de categorizaciones conceptuales, ni siquiera distingue este hombre todavía con nitidez entre el “yo” y el mundo exterior, confundiendo la realidad externa con el acto de pensarla. Los planos todavía se confunden, y el hombre continúa siendo uno con la naturaleza. Lo sensitivo en su forma más rudimentaria –dice Schulte-Herbrüggen–:

...aún no significa la aprehensión de un objeto dado. A medida que la sensibilidad se refina y progresa la capacidad de distinguir con mayor nitidez entre la figura y el fondo, deja de ser la sensación una mera afección y empieza mostrarse una actuación intencional hacia algo, la tendencia a valerse de los estímulos en forma provechosa para la satisfacción de sus necesidades. (Ibíd., p. 150).

La “actuación intencional hacia algo”, como la llama Schulte-Herbrüggen, esta inclinación a utilizar al ambiente para su provecho, define la orientación del hombre en el mundo, llevando sus actos hacia la eficiencia y la colaboración. Esta colaboración inicial es fundamental para el lenguaje como tal, pues, como sabemos, el lenguaje es también un instrumento para la comunicación. El “comportamiento comunicativo” que posee el hombre propicia la aparición del lenguaje, que se constituye en función de la necesidad de transmitir información y voluntad entre individuos, y en la necesidad de analizar, describir y organizar la realidad. Necesidades que no necesariamente pasan por la conciencia. Schulte-Herbrüggen afirma que “La orientación del hombre en el mundo, la eficiente dirección de sus actos, exige la colaboración de sus semejantes. Esto presupone un comportamiento comunicativo.” (Ibíd., p. 10).

Como una consecuencia de esta propiedad del lenguaje, tendrá que decirse que el lenguaje se define no en sí mismo sino en cuanto a su función de instrumento y de organizador de la realidad, ya que su mirada está puesta en lo exterior. Walter Porzig, en su libro *El Mundo Maravilloso del Lenguaje*, editado originalmente en 1957 y editado en el año 1964 por Gredos, en Madrid (que se utiliza aquí), afirma que “No hay ninguna vivencia psíquica que no apunte de algún modo hacia afuera.” (p. 213). En este sentido el estudio del lenguaje encierra una contradicción: el instrumento para la organización de la realidad y para la comunicación se orienta hacia fuera de sí mismo, pero cuando se utiliza para un análisis de sí mismo, esa orientación vuelve en un círculo infinito. Esto ocurre con todo instrumento que tenga como alternativa en su utilización el llegar a algo en sí mismo, por ejemplo, construir un martillo que se utilizará para destruir martillos. Afortunadamente,

esta condición del lenguaje no quita que el hombre pueda centrar la atención en sí mismo o en el lenguaje mismo. ¡Es imposible hacer lingüística sin usar algún idioma!

Continuemos con lo anterior. Para Walter Porzig, que el producto idiomático tenga por naturaleza la propiedad de ser exteriorizado tendría una facultad y misión concreta; a saber, significar la realidad (Ibíd., p. 215). Como sugiere Porzig, la facultad y misión de las exteriorizaciones idiomáticas como significadores de la realidad es la esencia del lenguaje. La naturaleza del lenguaje, su ser, sería simbolizar la realidad, llevarla de su indeterminación al formato humano a través de una vivencia psíquica, de un conocimiento. El lenguaje como facultad humana tendría, entonces, además de su componente comunicativo, un aspecto designativo, una finalidad de ordenar del caos que supone el ambiente.

En la medida que la especie humana evoluciona, luego de vislumbrar que no es uno con el ambiente y que puede utilizar la naturaleza en su favor, y sólo luego de desarrollar un comportamiento comunicativo básico tendiente a coordinar los trabajos en función de su supervivencia, desarrolla el lenguaje como tal. En primera instancia, señala Schulte-Herbrüggen, aparece el gesto intencional hacia algo para que el semejante realice alguna acción específica, como traer o llevar. Este gesto se acompaña de movimientos reflejos de la lengua y mandíbula. Luego de un tiempo, y por una asociación fija de los sonidos con el objeto o la acción, se descubre que se produce el mismo efecto aún sin el objeto o la acción, y aún sin el gesto. De este descubrimiento continuo nace la palabra, que es para nuestro autor "...el símbolo que representa el objeto o la acción en su ausencia, y que sirve para evocarlos arbitrariamente en la conciencia de otros." (Op. Cit., p. 10). Con la palabra se rompe de una vez la fuerza sugestiva de la impresión visual o táctil, se logra la *especialización* que Charles Hockett menciona en su *Curso de Lingüística Moderna*, por cuanto las consecuencias energéticas directas asociadas al acto comunicativo son biológicamente irrelevantes (1971: 557)⁸. Gracias a la palabra, siguiendo con Schulte-Herbrüggen, el hombre "...se sustrae a la presión del *aquí* y del *ahora*, cobrando una existencia dirigida principalmente hacia la acción y el porvenir. La palabra pone a su disposición el pasado y la experiencia de los otros, eximiéndolo del esfuerzo de empezar y experimentar cada vez desde el principio." (Op. Cit., Pp. 10-11).

La palabra separa de manera definitiva al hombre del devenir inmediato, llevándolo a sumergirse, mientras desarrolla su lenguaje, en dimensiones hasta el momento desconocidas. Por supuesto, cada idioma toma un rumbo propio y único, así como un ritmo de desarrollo particular en su camino a la abstracción. Veamos un sencillo ejemplo que da Schulte-Herbrüggen de las diferencias que pueden haber entre una lengua de una comunidad y la nuestra dependiendo de su grado de evolución mental:

Una comunidad como la de los Schambala, pueblo negro del grupo Ewe, en África, que no se ha desprendido aún de la visión inmediata de la realidad, tampoco ha adquirido un concepto de tiempo. Para ellos hay únicamente un "ahora" y un "no-ahora", sirviendo el mismo adverbio en su idioma para indicar ayer y mañana, tiempos remotos del pasado y lejanos en el futuro. Esto refleja, desde luego, un estado muy rudimentario y elemental de evolución mental colectiva. (Ibíd., p. 49).

⁸ 1971: *Curso de Lingüística Moderna*. Editorial Universitaria de Buenos Aires. Buenos Aires.

Con la palabra, escindido del devenir inmediato, el hombre sobrepasa las barreras del espacio-tiempo e impulsa el espíritu colaborativo, centrando su atención en la acción del porvenir y en la planificación. Pero la palabra hace mucho más que liberar al hombre de esta fuerza: la palabra es una forma concreta de trascendencia.

Además de resultar el lenguaje muy económico en términos biológicos se logra también una economicidad cultural, pues como hace explícita Heinz Schulte-Herbrüggen, se evita para el hombre el trabajo de empezar cada vez desde el principio, ya que la palabra puede transmitir y contener los conocimientos ya adquiridos de manera mucho más eficiente que otras formas de comunicación. El hombre no es un ser gobernado por instintos, sino más bien un ser cultural.

Ahora bien, el conocimiento del mundo que el hombre alcanza, la manera como organiza el caos en un cosmos de categorías funcionales, no se logra, en este primer nivel evolutivo, mediante la reflexión, sino que es la acción más pura la que da origen a la concepción del mundo, ésta nace de interactuar con la realidad, de una vivencia de los objetos y los procesos que invaden al hombre. En un principio, todos los elementos que son parte de la vida tenderán a ser catalogados con palabras, pues no se tiene la capacidad de abstracción como para el establecimiento de categorías generales. Veamos un par de ejemplos: “Los esquimales de Groenlandia tienen tantas expresiones para *pescar* como objetos pescan, y los indios Klamath, tantas palabras para *comer* como clases de alimentos comen. Los Bantú tienen un verbo especial que expresa *andar sobre un suelo resquebrajado por la sequedad*.” (Ibíd., p. 57). Parafraseando a Schulte-Herbrüggen: en esta etapa primitiva, dado que el mismo hombre es un ser de acción y reacción, para él existe y es real sólo lo que actúa (Op. Cit., p. 105).

En la medida que el lenguaje escinde al hombre de lo inmediato y lo lleva hacia un pensamiento más abstracto, el hombre se distingue de forma definitiva de los demás animales. El manejo de los símbolos en el sistema de lo abstracto sería el paso decisivo. Como dice nuestro autor, “En la cerebralización progresiva del hombre, acompañada por el refinamiento del pensamiento hacia una mayor abstracción, gracias al manejo de los símbolos, éste se libera paulatinamente del medio ambiental que lo amarraba y emprende el camino hacia la libertad.” (Ibíd., p. 13).

3.2. La lengua materna, un molde que encauza la actividad mental

El hombre en su ser individual, y aún como parte de una sociedad, se enfrenta con un parte limitada y específica del mundo. La comunidad específica se distingue de otras por cómo organiza su trabajo para satisfacer sus necesidades básicas de alimento, vestuario y vivienda, sus instituciones políticas y de orden social, sus costumbres, normas de conducta, religión, etc. Del hecho que la comunidad se enfrente sólo a una parte específica del mundo se entiende que ésta lo organice de acuerdo a lo que le es relevante. Y de esta organización colectiva en torno a lo relevante “...resulta entonces la concepción del mundo de ésta. Es una especie de forma de conocimiento en que la comunidad entiende y encauza según sus propósitos los fenómenos del mundo en que vive.” (Ibíd., p. 15).

El mundo específico en que la comunidad se desenvuelve desarrolla esta “forma de conocimiento”, que obedece a los propósitos de la comunidad. El mundo se hereda a través del lenguaje –como constructo cultural–, y se va modificando según van cambiando las necesidades, intereses y experiencias de la comunidad. El niño que nace dentro de una

comunidad idiomática encuentra esta cosmovisión ya formulada en su lengua materna, por lo que a medida que desarrolla su idioma, irá adoptando las salvedades y particularidades que esta pueda tener. A veces, las diferencias entre una visión de mundo y otra pueden ser bastante sutiles y complejas. Veamos, por ejemplo, un contraste que Schulte-Herbrüggen hace entre cierto contenido léxico del alemán y español:

Lo que el alemán denomina *Wirklichkeit*, no es traducido con precisión por la palabra *realidad*. El vocablo español, de origen latino, derivado de *res*, enfoca el mundo objetivo en su ser duradero y permanente, le aplica un punto de vista estático; el germano, en cambio, lo ve en su actividad, *wirken*, su alteración, su sumisión al tiempo, como fuerza y movimiento, bajo un aspecto dinámico. Esta particularidad la afirma además la existencia especial en alemán para expresar la transición de un estado de ser a otro, *werden*, que carece de una correspondencia exacta en los idiomas romances. (Ibíd., p. 37).

La visión del mundo refleja mucho más que un diferente “etiquetado” de la realidad, sino el modo peculiar en que la comunidad conoce e interpreta la realidad que la rodea, aunque las realidades puedan parecerse, y a pesar de que éstas –aparentemente– existen independientemente de la conciencia humana. La lengua materna, portadora de una cosmovisión, comprueba, fija y separa para el niño los referentes extralingüísticos, dándoles un correlato cognitivo que aumenta su disponibilidad. Las cosas existen aún sin el lenguaje, pero su disponibilidad en las relaciones comunicativas, su utilización, depende de la existencia de un nombre o una manera de nombrarlas. El hombre necesita que la realidad sea simbolizada, lo que se logra a través del lenguaje. Esta simbolización tiene su razón de ser en que el *continuum* que supone la realidad es inabarcable en su totalidad, sólo a través de una subdivisión puede asimilarse de manera productiva. El proceso de adquisición del lenguaje es un camino de priorizaciones y cortes de la realidad, segmentos que se organizan en categorías específicas y que funcionan en conjunto bajo ciertas reglas que reproducen, en primera instancia, las relaciones que se observan en la naturaleza y el medio social. La capacidad de abstracción se desarrolla como un sistema autónomo, con algunos aspectos del todo inmotivados, pero convencionales.

La priorización que la conciencia provoca para ciertos elementos del ambiente en que se desenvuelve la comunidad, específicamente los que se relacionan con ésta de forma más inmediata y por necesidad, son adaptados a la convención de su idioma, son “verbalizados” dice Schulte-Herbrüggen “...representados en signos lingüísticos.” (Ibíd., p. 16).

La concepción del mundo resulta ser, pues, la suma de estos contenidos lingüísticos. Esta cosmovisión sería un constituyente integrado en el lenguaje mismo, un elemento que se desarrolla junto a él a través de una interdependencia continua.

El hecho que el lenguaje se desarrolle a través de una interiorización de los contenidos del ambiente no significa que la imagen del mundo sea una representación acabada y detallada de la realidad. Como dice Walter Porzig: “...en la mayoría de los casos no coinciden los dominios de las palabras de la lengua con las cosas de la realidad objetivamente delimitadas y sus partes.” (Op. Cit., p. 76).

Cada idioma tiene su lógica, una lógica práctica que, en el caso de la lengua materna, no se adquiere mediante la reflexión, sino a través del uso, la observación, la imitación en la socialización progresiva del niño, del ensayo y el error. Su lenguaje lo

empuja y lo incorpora a una sociedad determinada, con aspectos idiosincrásicos particulares y con necesidades específicas.

Su visión del mundo, dice Schulte-Herbrüggen, "...es la imagen particular que ella [la comunidad] se ha hecho de la realidad, es el modo subjetivo como ella la interpreta." (Op. Cit., p. 16). Cada idioma verbaliza la parcela de la realidad que le toca ocupar. La humanidad no se enfrenta como un todo a un mismo mundo, sino en comunidades. Ninguna lengua reflejaría, por tanto, la realidad con su absoluta riqueza, sino que cada una tendrá mayor resolución lingüística para aquello que su entorno manifiesta con mayor relevancia para su supervivencia. De esto se desprende el hecho de que las propiedades de los objetos o fenómenos puedan enunciarse con exactitud en muchos idiomas, pero no con la misma facilidad. Lo que en algunos idiomas puede ser monolexémico, es decir, altamente priorizado, puede tomar varias palabras o frases completas en otras.

Nacer y desarrollarse en una comunidad histórica determinada, como ocurre en la mayoría de los casos, tiene consecuencias trascendentales en la manera de comprender el mundo. Los sentidos del niño, por tener éste las mismas posibilidades sensoriales comunes a toda la raza humana, están abiertos a todas las impresiones posibles que le vengan desde fuera. A través de la incorporación del lenguaje va dejando pasar algunas y reteniendo otras, que son precisamente las que la comunidad por distintas razones ha privilegiado. Qué elementos llegan a serle conscientes y cuales no, lo determina el medio comunicativo que adquiere en su contacto social. Hay niveles de la realidad que no son verbalizados, y estos son los que permanecen en la inconsciencia como una posibilidad no realizada, aunque latente. Así mismo como hay sectores de la realidad que no son verbalizados por cada comunidad, hay diversas maneras de verbalizar una realidad común a todas. Veamos, por ejemplo, lo que ocurre en algunas lenguas con la marca de plural:

...un modo de indicar el plural con un carácter más sencillo que la afijación de pronombres, es la repetición de palabra. La repetición puede ser total como ocurre en el Bosquimano de África (sg. "pie" *noa* – pl. *noa noa*) o parcial como en el Náhuatl de Méjico (sg. "casa" *kalli* – pl. *ka-kalli*). [...] Cuando el colono blanco en el Caribe se daba cuenta de que sus trabajadores negros no entendían la diferencia *pedra-piedras*, se le ocurrió decir, en lugar de *piedras*, *pedra-piedra*, lo que era entendido de inmediato y sigue siendo la manera de formar el plural, junto a la afijación pronominal, en algunas lenguas criollas. (Ibíd., p. 54).

En un largo proceso de aprendizaje se asimilan los contenidos espirituales, adquiriendo el niño con su idioma no solamente un medio para verbalizar y transmitir sus pensamientos ya existentes, sino "...un molde que encauza y guía toda su actividad mental en una dirección predelineada." (Ibíd., p. 17). El idioma específico que se aprende en la infancia, la lengua materna, no es sólo el canal mediante el cual se conecta en función de los demás el interior del individuo y su exterior, sino que es un trazado fijado con anterioridad, un sendero que difícilmente se puede abandonar.

La creación y adquisición del lenguaje no sólo comporta la influencia del ambiente específico en que se desarrolla la comunidad, sino que también encierra matices de valoración y afectividad. El hombre, en el proceso de creación lingüística, dice Schulte-Herbrüggen, se dirige intencionalmente hacia un objeto, y le da un nombre. Este acto, al menos en su origen, estaría teñido por cierta afectividad (Ibíd., p. 21). Sobre todo en la

expresión de ideas abstractas, los aspectos emocionales que entran en juego pueden ser difíciles de entender por miembros de otras comunidades lingüísticas, ya que se expresan juicios que son propios de la comunidad que los habla. Estos aspectos afectivos no están tan explícitos en las estructuras de los idiomas, por lo que las traducciones difícilmente los consideran. Esta afectividad cobra real importancia de momento que el hombre construye su lenguaje a través de una relación con la realidad. Heinz Schulte-Herbrüggen señala que:

El hombre de una sociedad de evolución mental colectiva menos desarrollada hacia la abstracción, al enfrentarse con su mundo ambiental no es llevado por un criterio objetivo, como lo procura hacer el hombre racional, sino por los sentimientos que evocan en su alma los fenómenos y objetos. Esta actitud afectiva está siempre determinada por un criterio de valoración. (Ibíd., p. 59).

Esto ocurre porque el lenguaje no es producto de la reflexión. La actividad emocional, la relación concreta con los fenómenos de la realidad, y no un principio racional habría motivado, en la fase de la creación lingüística, la inclusión de un objeto al repertorio léxico y a una clase gramatical determinada (Ibíd., p. 66).

Una de las propiedades más interesantes de las visiones de mundo que comportan los idiomas es que cada una es un conjunto cerrado en sí. Ninguna de ellas coincide con la de otra comunidad lingüística, ni siquiera con la de su pueblo vecino, o con culturas muy parecidas, a pesar del intercambio económico y cultural que pueda existir (Ibíd., p. 37). Esto también es considerado por Walter Porzig, quien agrega que: "...la comunidad extranjera no solamente posee otros signos lingüísticos, sino otro modo de pensar y de ver, en que concibe y articula el mundo en otra forma, en que lo aborda con otra sensibilidad y otra voluntad. Éste es, pues, el sentido más profundo de la comunidad idiomática: tener una imagen común del mundo, una posición común frente a él." (Op. Cit., p. 220).

Como afirma Heinz Schulte-Herbrüggen: "...comunidades de estructura lingüística distinta ven la realidad de un modo diferente [...] la lengua entregada al niño como nativa en su etapa de desarrollo, su *Muttersprache*, interviene, en forma persistente pero inconsciente, en el rumbo que toman sus esfuerzos cognoscitivos y en los resultados que consigue." (Op. Cit., Pp. 149-150).

...relata un misionero del siglo XVIII que los Chiquitos, una pequeña comunidad aborígen americana que vivía aislada en Bolivia, tenía en su idioma sólo el numeral de *uno*, después del cual venía *mucho* [...] Steinen, en su descripción de pueblos primitivos de Brasil Central, cuenta de los Bakaíri que no poseían sino los numerales *uno* y *dos*, y que por triple suma de éstos podían llegar a un total de seis, pero en ningún caso más allá. Él vio en este idioma indicios de que *dos* era el límite de la antigua aritmética, explicando la respectiva palabra como una composición que literalmente significa "contigo". (Ibíd., Pp. 52-53).

Así, cada idioma resulta ser un verdadero molde que determina con una fuerza invisible el cómo se ha de organizar la realidad, como se ha de verla, qué se privilegiará y qué no. El niño, en un proceso inconsciente, adquiere esta forma de cultura que sentará las bases para un futuro desarrollo cognitivo, complejizando la relación del individuo con realidades que no le corresponden como hablante de un idioma específico. Tendrá que

hacer un esfuerzo mucho mayor para comprender algunos aspectos de la realidad que otro idioma prioriza. De aquí proviene gran parte de la complicación que supone aprender una segunda lengua, pues no sólo hay que lidiar con las dificultades propias de un sistema complejo y muchas veces lleno de excepciones, sino que hay que hacerse cargo de una manera diferente de organizar los contenidos del mundo.

3.3. La lengua, espejo del modo existencial de una comunidad

Ya hemos dicho que la comunidad existe en determinada sección del mundo y que la manera y los medios con que se enfrenta a éste se reflejan en su lenguaje mediante ciertas connotaciones afectivas en las zonas que le son inmediatamente relevantes. Hemos de recordar que en una etapa más primitiva el hombre estaba en constante lucha con las fuerzas naturales, de modo que las actividades relacionadas con su subsistencia y necesidades inmediatas están particularmente marcadas en su lengua materna, al menos en sus orígenes, cuando todavía la comunidad comparte una cultura homogénea e intereses y preocupaciones comunes.

Las limitantes del entorno y que el lenguaje mismo va imponiendo llevan al hablante hacia cierta dirección. En palabras de Schulte-Herbrüggen, “La lucha por la vida impulsa a una comunidad a observaciones determinadas y encauza su reflexión en una dirección prediseñada.” (Ibíd., p. 25).

Las actividades primarias de la comunidad determinarán la extensión con que capta los fenómenos naturales. La manera como la comunidad existe se refleja en su idioma ya que es en este respecto que necesitan una mayor disponibilidad léxica, un mayor conocimiento y especialización. De esta forma, podemos decir que un pueblo se retrata en su idioma.

El interesado por el lenguaje y la cultura puede, entonces, hacer el difícil camino inverso, y penetrar con esto en determinada cultura. Para cada comunidad, la historia de ciertas palabras “...ofrece una llave para conocer sus preocupaciones, su carácter y sus ideales.” (Ibíd., p. 27). Un claro ejemplo de la lengua como reflejo del modo existencial de una comunidad resulta el caso del pueblo romano:

Los romanos que en los albores de la historia poblaban varias aldeas de labradores de pequeñas propiedades, apegados a su gleba, tenían su atención fijada en la cosecha y en la cría de animales. Los medios lingüísticos que ellos crearon reflejan las representaciones concretas que su ámbito vital les imponía. Así se explica que hasta las referencias a estados anímicos del hombre provengan a menudo de términos del lenguaje campesino, relacionados en un principio con propiedades que observarían en plantas o animales: *lactus* que significaba “exuberante”, hablando de la cosecha de los campos, o “gordo” con referencia a un animal, se transfiere después al hombre con sentido de “alegre”; igualmente *felix* se decía al principio de la feracidad de las campiñas, y luego pasa a significar un estado de gran alegría en el hombre. Cuando alguien se comportaba como un loco, haciendo despropósitos o disparates decían de él *delirat*, literalmente “sale del surco” (*lira*); a la persona necia la llamaban *imbecillus*, literalmente “sin palo”, término del horticultor, quien sabía que ciertas plantas, especialmente la vid, crecían endebles si no se les ponía un *baculum*, un palo de apoyo. (Ibíd., p. 25).

A pesar de que la raza humana está equipada fisiológicamente para recibir los mismos estímulos, no todas las comunidades reparan en lo mismo, pues la percepción, dice Schulte-Herbrüggen, presupone una actividad mental. Si la percepción corresponde a una actividad mental, y entendemos que toda actividad mental está regida por la estructura y preferencias de la lengua madre, esta actividad estará orientada a las necesidades de la comunidad de poner al mundo en su servicio. En este respecto nuestro autor dice que: "...lo que la comunidad percibe está determinado, en gran medida, por factores culturales." (Ibíd., p. 30).

4. Críticas a la teoría del relativismo y determinismo lingüístico

De entre las diversas críticas que siguieron a lo hecho por Edward Sapir y Benjamin Lee Whorf, y que por consecuencia directa apuntan también a lo dicho por Schulte-Herbrüggen, nos ocuparemos en forma específica de lo que hace Roger Brown en su libro *Words and Things*, del año 1957. La edición que se utiliza aquí es del año 1959 (Free Press, Glencoe, Illinois).

En primer término se critica cierto doble estándar que se vería en el trabajo teórico de Whorf cuando éste dice que la traducción libre puede utilizarse entre algunos idiomas europeos dado su gran parecido y origen común, mientras que con otros más alejados lingüísticamente entre sí no estaría permitido pues serían muy diferentes. Whorf utilizó como apoyo para su postura cierta traducción de un párrafo escrito en alemán al inglés de una manera literal, para mostrar que ambos idiomas no coincidían en la manera de entender ciertos fenómenos gramaticales, y por consecuencia, otros aspectos mayores relativos al pensamiento. Justifica la traducción libre en este caso, pues el parecido entre los idiomas lo permitiría. Veamos lo que dice Roger Brown en este respecto:

En la base de las premisas que Whorf aplica a los idiomas indoamericanos, deberíamos sentirnos forzados a concluir que el alemán tiene una psicología cognitiva muy distinta a la nuestra. Por supuesto nosotros no operamos con estas premisas, pero hacemos traducciones libres que representan la mente alemana como muy parecida a la nuestra. ¿Qué justificación puede haber para operar con diferentes criterios en los dos casos? [...] La evidencia de la traducción literal no establece el relativismo lingüístico.⁹ (Ibíd., Pp. 232-233).

Una segunda crítica tiene relación con la contradicción entre la visión del mundo como un fenómeno propio de cada idioma y la especialización de éstos en determinadas zonas léxicas no propias en su origen. La teoría whorfiana, así como la que revisábamos aquí, afirma que los diferentes idiomas organizan la realidad mediante el lenguaje en función de sus necesidades vitales. Así, las zonas léxicas que cada una privilegia tendrá que

⁹ On the basis of the premises that Whorf applies to American Indian languages, we should be compelled to conclude that the German has a cognitive psychology very unlike our own. Of course we do not operate with these premises, but make liberal translations which represent the German mind to be very like our own. What justification can there be for operating with different assumptions in the two cases? [...] The evidence of the literal translation does not establish linguistic relativity.

tener directa relación con la actividad que desarrolló la comunidad en sus comienzos. Por ejemplo, un idioma utilizado por gente dedicada a la pesca tendría más entradas léxicas para asuntos relativos a la actividad pesquera. Esa comunidad, a través de su particular especialización léxica, podría “ver” ciertas diferencias del continuum que otras comunidades idiomáticas que no se relacionan con ese mismo ámbito no pueden. El problema se suscita cuando notamos que hay idiomas que dentro de sí, en zonas especializadas, incluyen diferenciaciones equivalentes a las de otros. Brown dice de esto lo siguiente:

Ya que miembros de las dos comunidades lingüísticas están capacitados para hacer respuestas diferentes para los mismos puntos, debemos concluir que ambos están capacitados para ver las diferencias en cuestión.¹⁰ (Ibíd., p. 235).

Brown termina por resolver esta problemática diciendo que en lugar de que un idioma “ve” cosas que otra no, por no haber estado su atención fijada allí, serían estas categorías de la percepción más o menos disponibles (Ibíd, p. 236). La categoría perceptual que es utilizada frecuentemente, dice Brown, está más disponible que una menos frecuentemente utilizada, de modo que un idioma podría, a través del uso, habilitar o ampliar nuevas áreas léxicas. Pensemos lo que ha sucedido con los nombres de colores en inglés, donde han tendido a estructurarse en la forma canónica monosilábica inglesa, en la medida que se incorporan más fuertemente a la categoría gramatical específica de los nombres de colores (Gallardo, 1981: 37)¹¹. Brown afirma que: “La relatividad lingüística tiene que tomar en cuenta la complejidad social. No será suficiente contrastar las prácticas cognitivas de una nación con las de otra. Somos dados a encontrar que una forma de percibir, pensar y hablar que caracteriza a la mayoría en una sociedad, se encuentra sólo en una minoría de otra sociedad.”¹² (Op. Cit., p. 258). Y también que “Se ha propuesto, dicho en pocas palabras, que una sociedad más diferenciada tenderá a desarrollar los términos específicos y genéricos para una determinada región de la experiencia porque los dos tipos de términos corresponden a la visión de quien es miembro de la comunidad y del foráneo.”¹³ (Ibíd., p. 257).

Pareciera que Whorf, sin embargo, había considerado ya este asunto, al afirmar, no explícitamente, eso sí, que la especialización en los idiomas también ha llevado a sus hablantes a desarrollar una cosmovisión particular, pero esta vez dentro del mismo idioma. Veamos la siguiente cita de lo dicho por Whorf cuando revisa un poco el tema del lenguaje especializado de la ciencia: “Lo que nosotros llamamos «pensamiento científico» es una especialización del tipo de lengua indoeuropea occidental, que no solamente ha desarrollado una serie de dialécticas diferentes, sino también una serie de diversos dialectos. En la actualidad [1942], estos dialectos se están convirtiendo en algo mutuamente ininteligible.” (Op. Cit., p. 277). Como vemos, Whorf no se contradice con Brown.

¹⁰ Since members of both linguistic communities are able to make differential response at the same points, we must conclude that both are able to see the differences in question.

¹¹ Andrés Gallardo. 1981: “Gramática de los nombres de colores”, en: *R.L.A.* N°19, Pp. 25-43. Concepción.

¹² Linguistic relativity must take account of social complexity. It will not suffice to contrast the cognitive practices of one nation with those of another. We are likely to find that a manner of perceiving, thinking, and speaking that characterizes the majority in one society is found in only a minority of another society.

¹³ It is proposed, in short, that a more differentiated society will tend to develop both specific and generic terms for a given region of experience because the two kinds of terms correspond to the viewpoints of the insider and the outsider.

Por último, se critica la teoría whorfiana al decir que el determinismo y relativismo lingüístico no consideran ciertos aspectos relacionados con el área geográfica de las culturas versus el área geográfica de los idiomas. Brown afirma que la teoría es inconsistente pues habría casos de culturas perfectamente identificadas con un grupo cultural mayor, pero cuya lengua difiere mucho de las otras, lo que las debería imposibilitar para relacionarse a un nivel de igualdad o de pertenencia con las otras culturas:

Las doctrinas del relativismo y determinismo lingüístico parecen avergonzadas por la correspondencia geográfica imperfecta de las áreas de la cultura y las áreas del lenguaje. Uno supondría que las categorías cognitivas sostenidas por todos los miembros de una sociedad comprometerían su cultura, y si esas categorías son causadas por la estructura del lenguaje, entonces el lenguaje y las áreas de la cultura deben coincidir. [...] Los fineses, que generalmente son asimilados a la cultura europea, hablan un idioma finougrio no relacionado con la mayoría de las otras lenguas europeas. [...] ¿Cómo pueden estos casos de falta de correspondencia ser reconciliados con las doctrinas del relativismo y determinismo lingüístico?¹⁴ (Op. Cit., p. 258).

5. Resumen y comentarios finales

Las teorías del relativismo y del determinismo lingüístico van de la mano con lo dicho por Heinz Schulte-Herbrüggen. Si bien éste último no explicita su relación con los autores más clásicos dentro de la lingüística que ya se han mencionado, Edward Sapir y Benjamin Lee Whorf, podemos ver un diálogo evidente entre sus teorías. Para Schulte-Herbrüggen, cada idioma es una pieza única e irrepetible, que tiene profundos alcances en la manera como el hablante comprende la porción de la realidad que le toca verbalizar.

Sin ser demasiado categóricos, hay que decir con justa razón que la teoría del lenguaje como un determinante del pensamiento es una aproximación que posee algunos fundamentos válidos y muchas pruebas contundentes. De hecho, las críticas que fueron revisadas aquí exigían más bien correcciones a la teoría que un abandono absoluto de esta.

Las teorías lingüísticas contemporáneas, por algunos elementos importantes de su fundamentación, han dejado atrás en determinados aspectos esta bella hipótesis del funcionamiento del lenguaje para con el hombre. Sin embargo, aún encontramos en la teoría del *lenguaje y cosmovisión* muchas respuestas que de alguna forma nos ayudan a entendernos más a nosotros mismos.

6. Referencias bibliográficas

¹⁴ The doctrines of linguistic relativity and determinism would seem to be embarrassed by the imperfect geographic correspondence of culture areas and language areas. One would suppose that the cognitive categories held by all members of a society would comprise its culture, and if these categories are caused by the structure of the language then language and culture areas ought to coincide. [...] The Finnish people who are generally well assimilated to European culture speak a Finno-Ugric tongue unrelated to most other European languages. [...] How can these cases of noncorrespondence be reconciled with the doctrines of linguistic relativity and determinism?

BROWN, Roger

1959: *Words and Things*. Free Press. Glencoe, Illinois.

GALLARDO, Andrés

1981: "Gramática de los nombres de colores", en: *R.L.A.* N°19, Pp. 25-43. Concepción.

HOCKETT, Charles F.

1971: *Curso de Lingüística Moderna*. Editorial Universitaria de Buenos Aires. Buenos Aires.

MANDELBAUM, David G.

1963: *Selected Writings of Edward Sapir in Language, Culture and Personality* (1949). University Of California Press. Berkeley and Los Angeles, California.

MARTINET, André

1991: *Elementos de Lingüística General* (1960). Gredos. Madrid.

PORZIG, Walter

1964: *El Mundo Maravilloso del Lenguaje* (1957). Gredos. Madrid.

SAUSSURE, Ferdinand de

1973: *Curso de Lingüística General* (1915). Losada, Buenos Aires.

SCHULTE-HERBRÜGGEN, Heinz

1963: *El Lenguaje y la Visión del Mundo*. Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago.

WHORF, Benjamin L.

1971: *Lenguaje, Pensamiento y Realidad* (1956). Barral Editores. Barcelona.

diciembre de 2004